

Clausura Curso de Verano FAES 2019

VIERNES 5 DE JULIO DE 2019

La Fundación FAES es una organización para desarrollar ideas, para contrastarlas y debatirlas, para cuestionarlas o afirmarlas. Por eso creo que en esta semana en la que ha tenido lugar el XVI Campus FAES dentro de los cursos de verano de la Universidad Complutense en El Escorial, la Fundación ha cumplido su propósito y ha cumplido con su compromiso.

No ha sido una reflexión desde la torre de marfil de teóricos de la ciencia política sino un ejercicio de debate pegado a la realidad española y europea.

En tiempos de crisis, los españoles tendemos a subrayar una supuesta excepcionalidad, un diferencial negativo que nos hace tristemente singulares entre los países de nuestro entorno político y cultural.

Siempre que he tenido oportunidad de pronunciarme al respecto, he negado esa excepcionalidad. Los españoles no somos ingobernables frente a una Europa estable y políticamente ordenada. No somos gentes indolentes frente a los europeos laboriosos y participativos. No somos menos proclives al acuerdo que cualquiera de nuestros vecinos.

Tenemos singularidades culturales, experiencias históricas y peculiaridades que nos hacen más sensibles a algunos males. Pero somos una nación que se ha ganado su derecho a tener confianza en sí misma.

España es una gran democracia por mucho que les pese a los que insisten en la denigración nuestro sistema de convivencia y los que quieren acabar con él. Los españoles siguen afianzados mayoritariamente en posiciones serenas de concordia civil. La fragmentación electoral se ha producido, es evidente, pero no ha sido -como si ha ocurrido en otros países- una centrifugación hacia los extremos de todo el modelo de partidos.

Dicho esto, los temas sobre los que ha girado este curso no son una elección arbitraria. Tenemos problemas y desafíos serios de alcance intergeneracional. Tenemos trabajo por delante para recuperar una sociedad de oportunidades y asegurar un modelo de bienestar que sume racionalidad económica con solidaridad y con responsabilidad personal.

Como resultado de la crisis económica y política tenemos un problema de cohesión bien analizado en estas jornadas y un problema muy grave de unidad derivado de la radicalización de los nacionalismos. Y de todas las brechas de las que podemos hablar, debemos tomar una especial conciencia de la brecha generacional que se ha abierto en expectativas y valores y que afecta de manera muy directa a la confianza en las instituciones de muchos jóvenes.

Todas estas grandes cuestiones tienen en común la necesidad de contar con un sistema institucional y político que ofrezca el rendimiento que necesita la sociedad española.

Pocos podrán negar que nunca como ahora en nuestra trayectoria democrática la política parece menos relevante, o si se prefiere, menos productiva.

Esta realidad contrasta de manera muy acusada con las expectativas generadas por la llamada nueva política.

Resulta que a pesar de las posiciones moderadas, que son mayoritarias en el electorado, hay una presencia en el ámbito de los partidos de un radicalismo considerablemente mayor, nunca antes conocido en nuestro sistema político.

Se prometía una fragmentación que sería regeneradora porque acabaría con el bipartidismo, pero lo cierto es que esta fragmentación no se recompone con acuerdos suficientes. Además, en esta fragmentación nada regeneradora, el nacionalismo radicalizado ha encontrado la coyuntura más favorable para tener un poder de decisión sin precedentes, hasta el punto de que un partido nacionalista por primera vez en nuestra historia en mayo del año pasado decidía el Gobierno de España.

Aprovechó la ocasión de una moción de censura, que nada tuvo que ver con el carácter constructivo que le atribuye la Constitución, pero que hizo de los nacionalistas no solo los árbitros sesgados del partido sino los autores del reglamento y los muñidores del resultado.

Se decía que se iba a impulsar la cultura del acuerdo, pero nunca como ahora han encontrado menos eco las apelaciones al interés general ni ha sido mayor el descuido de las instituciones. Se ha escalado en la polarización

política y desde la izquierda se sigue trabajando para normalizar la presencia en la vida política española de opciones que serán legales pero son inasumibles desde el punto de vista democrático.

Me refiero a aquellos que no solo no condenan el terrorismo sino que lo justifican y lo legitiman como una violencia históricamente necesaria. Una violencia que se ha ejercido contra el sistema constitucional, y sus representantes, contra población civil de manera indiscriminada, contra servidores del orden, jueces, fiscales y fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Una violencia ilegítima siempre, que busca perpetuarse en un relato legitimador de olvido y de justificación del terror.

Fragmentación es la palabra que hoy define en buena medida la situación de los diferentes sistemas de partidos en Europa.

De nuevo, tampoco aquí hay una excepción española. Pero debemos ir más allá y, como aquí se dijo en la sesión de apertura, es preciso ponerse a la tarea de reconstruir un espacio político desde el que recuperar, de verdad, la estabilidad, el buen gobierno y la continuidad de las buenas políticas.

Entre esas políticas tiene que destacar la que se oriente sin reservas, dentro del marco constitucional, a poner fin a la crisis que desde el independentismo catalán insiste en seguir actuando contra la integridad del Estado, la unidad de la nación y los derechos todos los españoles.

El sistema institucional ha cumplido con lo que se le podía pedir. Ha dado los medios para reafirmar lo que significa el Estado de derecho. El propio Tribunal Constitucional acaba de revalidar la constitucionalidad de la aplicación del artículo 155. Pero hablamos de instrumentos y los instrumentos son necesarios para la solución, pero no son la solución en sí mismos.

Deben ser puestos al servicio de una estrategia política definida y tienen que utilizarse para llevar a cabo decisiones que se puedan sostener en el tiempo.

El éxito del independentismo, si cabe hablar de éxito alguno, consiste en haber llevado a numerosos sectores de la sociedad catalana a la idea de que - lo quiera o no- ya se ha emprendido un camino sin retorno hacia la ruptura final de la convivencia y del estado.

Debemos decir -y decir con claridad-, desde esa trama de afectos que constituye una nación y que une a los catalanes con los demás españoles, que eso no es verdad.

No hay para Cataluña un camino sin retorno hacia la ruptura. Ese camino no existe; si existiera no sería posible recorrerlo; y si alguien se empeñase en recorrerlo, desconociendo todo lo que Cataluña ha sido como parte de España, el único destino sería el de un desastre cívico inimaginable.

A nadie se le escapa que no hay lugar en Europa para un proceso secesionista como el que plantea el independentismo catalán. Pero prefiero pensar no en lo que le ocurriría a Cataluña fuera de la Unión Europea sino lo que puede ser dentro de una Europa en la que España prospera.

A nadie se le escapa que convertir a más de la mitad de la población en extranjeros es una catástrofe inaceptable. Pero prefiero pensar en la capacidad de atracción de una Cataluña real y por tanto plural y diversa.

Por tanto, más que del riesgo de empequeñecimiento, Cataluña debe pensar en sus posibilidades de engrandecerse como lo ha hecho dentro de una España constitucional, democrática y europea.

Esas exhibiciones de agitación, fallidas y ridículas, que no muestran ninguna reivindicación sino que pasean la extravagancia, no hacen justicia a lo que Cataluña puede proyectar.

Soy consciente de que poco se puede esperar de dirigentes políticos que han sobrepasado todos los límites del ridículo o de la indignidad, según se mire.

Por eso debemos apelar a la sociedad catalana. Porque en un proceso como el que está en marcha en Cataluña, lo que está en juego -no se engañen- no es la independencia sino la existencia de una sociedad plural y democrática digna de tal nombre. Hablo de una sociedad, no de un parque temático del nacionalismo, mantenido por las coacciones de activistas y animado por medios de comunicación sectarios.

Cuando desde Cataluña se prodigan las apelaciones a la política, a la responsabilidad de unos y de otros, sería bueno que algunos recordaran la responsabilidad que como sociedad pesa sobre ellos cuando un proceso de ambiciones hegemónicas, con inspiración supremacista y objetivos radicalmente excluyentes, se apodera del espacio público, monopoliza con intolerancia el debate político, dicta obediencias ideológicas e identitarias, e invade todos los ámbitos de la sociedad civil.

Eso no es una sociedad, ni puede ser una economía ascendente. Es otra cosa. Por eso, el nacionalismo hoy en Europa es una versión posmoderna del totalitarismo peligrosa y amenazante para los valores sobre los que se ha construido la paz y la prosperidad en el continente.

Junto con la necesidad de restablecer una fórmula de gobierno viable, y afrontar desde la Constitución, desde la política y la sociedad civil las amenazas a nuestra unidad y nuestra cohesión, me parece esencial y urgente abordar, ya, la agenda de reformas que se encuentra neutralizada por la inacción política e institucional.

Me he referido en muchas ocasiones a la necesidad de desconfiar de la inercia por positiva que sea, porque las inercias se acaban. En vez de construir sobre las reformas que se abordaron hace ya demasiado tiempo, las estamos amortizando, exprimiendo todo su potencial que no ha sido poco, pero sin mejorarlas.

Tengo la impresión de que sabemos bastante bien lo que debemos hacer pero no tanto cómo ponernos a ello.

Liderar es promover el cambio, y en democracia el cambio son las reformas. Liderar es convocar a todos y reunir voluntades. Los españoles lo hemos hecho; sabemos hacerlo pero necesitamos una propuesta seria, convincente, para volverlo a hacer ahora que realmente toca. A esa propuesta para España hemos querido contribuir durante estos días de ideas y de debate que doy por clausurados con mi agradecimiento hacia todos.